

# Inmutable carmesí

Claudia Solís-Ogarrio

DICE JOSÉ SARAMAGO que “abordar un texto poético, cualquiera que sea el grado de profundidad o amplitud presupone (...) cierta incomodidad de espíritu, como si una conciencia paralela observara con ironía la relativa inanidad de un trabajo de *desocultación*”. Nada más cierto. Interpretar las geografías del espíritu no es tarea fácil, como sucede con *Inmutable*, poemario del historiador Jorge Hernández, en el que fragua su vida. Un libro de contrastes, de ausencias inolvidables, de arrecifes de huesos, pero al fin y al cabo, el testimonio de un corazón despierto.

Publicado por ediciones Laberinto en 2015, el volumen que entrega Jorge Hernández (Ciudad de México, 1972) inicia con un poema titulado “Mosquita muerta”. Ello parece revelarnos, en primera instancia, a un poeta que gusta recrear el habla popular para construir un diálogo íntimo. Exhorta a despojarse de máscaras y afeites para crear atmósferas de laxitud, pero no por ello menos significativas.

*Inmutable* está compuesto por tres apartados: “La memoria en el juego”, “Médula ósea” y “Génesis”. En dichas secciones, el autor teje su poética con los temas que le inquietan: el olvido, los abuelos, el amor y la muerte, el tiempo y su medición y la gestación de la vida, por mencionar tan sólo unos cuantos.

Hernández, en la primera parte del libro, empieza a construir su universo poético con una mirada a sí mismo a partir de “Efigie”, su segundo poema. En éste pareciera que nuestro autor espía tras el microscopio para descubrir su propio cosmos que interpreta para darle sentido y cauce a su pluma. Y nos habla de su “otro yo” en versículos que muestran que “los ojos son espejos silentes (...) donde bebe en un vaso los restos de la luz”: Jorge Hernández fragmenta lo que ve. Y separa lo real de lo inmaterial. Continúa el texto descubriéndose la distinta naturaleza del autor al hablar de su “diferente yo”, cuando dice: “y vive como el relámpago sin tiempo para la contricción”. Sin zozobra o remordimientos, destaca una de las facetas que expresa una de sus variadas condiciones: la fugaz, explosiva y cegadora. Jorge Hernández mengua la exaltación de su alegoría y remata el poema con una mirada nostálgica que se dibuja en el horizonte de la noche: “los textos dispersos en la memoria de cuerpos/ sin futuro/ le recuerdan que viven y olvidan su nocturna/ habitual, melancolía”.

Margaret Mead decía que todos deben tener abuelos y nietos con el fin de ser seres humanos completos. En el poema “Abuelos”, que destaca en el primer apartado del volumen, el poeta rinde homenaje a estas figuras mediante un texto cuya construcción espaciada y espaciosa fluye con versos sencillos y espontáneos: “Apenas te toco y se abre el tiempo (...)”

Sigo tu huella/ Tu recuerdo es arrecife en mi vida/ con sus manos temblonas/ mientras narraban, viajaba/ su aroma/ contaba historias (...) de niño creí/ Que ustedes eran el principio”. Encontramos en el poema momentos dulces y suaves que corren sin cortapisa y nos acercan a un universo espontáneo, sin gran complicación.

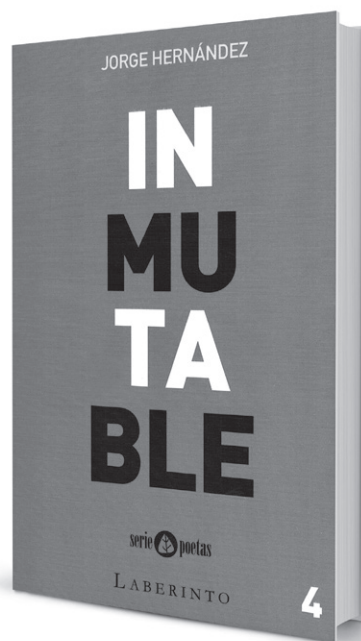
Poeta de contrastes, más tarde escribe: “Para tocar el cielo/ cubren con niebla la prudencia/ te hacen desnuda/ esculpí tu cuerpo con palabras”, versos que se leen en “Chiroptera”, el nombre científico del murciélago que da título al texto. “No olvidan tu ser/ te cercan/ le aplauden a la vida/ se entrelazan en tu cabello”. Su primera lectura sorprende al imaginarse a dichos mamíferos entretejiéndose en el pelo. Sin embargo, el sentido se transforma cuando el autor descubre el significado literal de la palabra “chiroptera” como manos aladas en una llamada de nota al final del poema. Así, el texto cobra otra trayectoria moviéndose a espacios afortunados.

#### ¿Firmamento de noviembre o arrecife?

En el segundo apartado del volumen, “Medula Ósea”, Jorge Hernández devela un rostro que se está aún definiendo: calibra, mide, se acerca, busca, regresa y se vuelve a ir. Muestra lo que desea exhibir y también lo que prefiere que permanezca velado, disfrazándolo. Hay fragmentos de *Inmutable* que recuerdan la poesía de Jorge Valdés, como por ejemplo “Ventana”, por sus tiempos y alientos: “Regreso a cada día con más calma/ me permites ausentarme un poco de la vida/ soy mis ojos al mundo/ tu lucidez desvanece a la noche (...) la noche penetra y con ella la duda (..) a la luz de la luna/ el objetivo se enlaza a tu pupila”.

Reiteraba Sabines que “la poesía es un ejercicio necesario, absolutamente necesario; inevitable”. Y esto es lo que empieza a manifestar la poesía de Jorge. Dice el escritor en “Cómo se embalsama a un fantasma”: “Son los recuerdos kilómetros por recorrer/ tu fantasma/ tu fotografía ausente/ punzan y salen de mi lengua/. Noches en vela son las remembranzas/ nupciales arrecifes sin piel/ sólo huesos/ que cubro con este saco oscuro”. El poeta entrega un ejercicio que representa trabajo, reescritura, y así la separación de la pareja, el sueño hecho trizas.

En la última sección del volumen, “Génesis”, el autor celebra la germinación de la vida que se multiplica sin pretenderlo en “Trillizos”, dedicado a Tonantzin y



#### *Inmutable*

Jorge Hernández

México, Laberinto, 2016, 116 pp.

Emiliano: “sumándose a la vida/ primogénitos de este amor/ sin coraza/ los espero”. De manera clara, Hernández manifiesta el gozo inocultable ante este hecho asombroso. Y continúa: “Purificaron la capacidad de asombro/ su boca se abrió con sonrisa de ángel”. Sin embargo, sucede un evento que lo arroja a una realidad que duele y lo golpea en lo profundo: Frida, la trilliza, no respira y se convierte en lucero del firmamento de noviembre: “En una pequeña estrella te transformaste/ brillando nuestro sendero/ perpetuaste el sentimiento/ epitafio de mi corazón”. Hernández es un poeta que parece estar en tránsito, en evolución, a pesar del título de su volumen. El autor traza caminos que mutan: a veces son terrenos ondulantes, otras arenas movedizas, pero jamás son planos. Al concluir su lectura, da la impresión de estar frente al lirismo de un alma serena, aunque: “las bestias de la soledad/ han entrado en mi vida” como escribe en “Tregua”.

Hay algo intangible en la poética del escritor que nos hace recordar a Vallejo cuando dice que la dicha es un hecho profundo. Y es justamente por esa dimensión profunda de la dicha, la razón por la que Jorge escribe poesía.